

Cuarta parte

COBRANDO CONCIENCIA POLÍTICA

*Durante el cerco de Wounded Knee los alguaciles,
los agentes del FBI, la policia tribal, los GOON⁷
y los grupos de vigilancia blancos dispararon
contra nuestro pueblo más de doscientas
cincuenta balas. Esa gente no estaba jugando.
Y nosotros tampoco*

⁷ Guardianes de la Nación Oglala, escuadrón paramilitar.

CAPÍTULO 19

En 1959, cuando yo tenía quince años, mi madre se mudó a Portland con arreglo al programa oficial de reubicación. Ahorré dinero para el pasaje en ómnibus y me dirigí al oeste para reunirme con ella. Recuerdo que cuando llegué a Portland tenía exactamente diez centavos y un número de teléfono que mi madre me había dado para contactarla. Caminé por Portland, fascinado por los altos edificios y el movimiento del muelle. Comparado con la reserva, parecía que estaba en otro planeta.

Pronto me independicé y estuve un tiempo en California como trabajador itinerante antes de pasar a Seattle, donde trabajé un tiempo en la construcción y luego como condueño de una chapistería. Usábamos el piso superior, situado sobre el garaje, como albergue de indios necesitados... y siempre había muchos de ellos. Comenzamos haciendo reparaciones para amigos casi sin cobrar y, al poco tiempo, nos endeudamos tanto que tuvimos que cerrar. Mi único intento de ser capitalista había pasado, hundido bajo la vieja debilidad india de *compartir* con los demás. Es una práctica que significa que somos ricos como pueblo, pero pobres como individuos.

Recuerdo una noche en que estaba mirando televisión y vi un segmento de las noticias vespertinas locales en que una india gritaba y lloraba mientras la sangre le corría por el rostro por los golpes de la policía cuando la arrestaba por participar en una protesta por los derechos de pesca de los indígenas. Los arrestos de la policía eran brutales contra personas que solo intentaban proteger sus derechos tradicionales.

Vi niños empujados y derribados caer sobre sus rodillas sangrantes cuando trataban de defender las redes y botes de pesca de sus padres. Me destrozaba el corazón escuchar sus gritos agudos, aterrados, cuando rogaban desesperadamente a la policía que no tocara sus redes y botes, su propio sustento.

Mientras observaba con asombro creciente, totalmente escandalizado, me enteré de que estos indígenas del noroeste estaban solo tratando de mantener los derechos que se les garantizaba claramente

en tratados oficiales y aún en vigor. Durante esos tiempos turbulentos había visto lo que el gobierno estaba dispuesto a hacer a personas inocentes si los consideraba una amenaza económica o social de algún tipo.

Los pescadores deportivos y comerciales se quejaban. Decían que la captura que realizaban los indios era excesiva, cuando en realidad alcanzaba menos del uno por ciento de la captura total. Exigían que se detuviera, independientemente de si estas personas tenían derecho a pescar en lagos y ríos e incluso sin pensar en el hecho de que, a cambio de ese derecho y poco más, habían renunciado prácticamente a todo el noroeste del Pacífico. El reportaje televisado mostraba, en agudo contraste a los pescadores indios en sus pequeñas embarcaciones, las redes de dos a tres millas de largo y las enormes embarcaciones pesqueras que se empleaban en la pesca comercial. Para reafirmar sus derechos, los pueblos indios del lugar realizaron una serie de manifestaciones pacíficas que habían dado lugar a la virulenta campaña desplegada por la otra parte con apoyo oficial.

Aunque para ganarme la vida me había mantenido alejado de la política, la escena que acababa de presenciar por televisión constituyó para mí un despertar, una descarga eléctrica a mi alma indígena alertada. Pese a que era joven, sentí que ya no me era posible hacer caso omiso de la lucha indígena mientras un solo indio sufriera maltratos. Como tantos otros que fueron sacados de su sumisión y letargo e indiferencia en los años sesenta, me uní a la lucha por los derechos civiles, humanos e indios. Decidí que en cualquier lugar a que fuera en los Estados Unidos a partir de ese día, haría todo lo posible por ayudar a mi pueblo.

CAPÍTULO 20

Durante gran parte de la segunda mitad del siglo xx el gobierno trató de deshacerse de nosotros arrojándonos en los vertederos raciales multicolores de las zonas urbanas deprimidas, pero el resultado no buscado fue que la reubicación creó una nueva corriente de ideas entre el mundo exterior y las reservas aisladas. Esta nueva subclase de “indios urbanos” pronto cobró conocimientos políticos y pasó a ser parte del amplio espectro de movimientos activistas, incluso militantemente activistas, que entonces surgía en la sociedad. En lugar de reaccionar de manera defensiva ante las palabras escogidas por el blanco como “terminación” y “reubicación”, los indios de las reservas y fuera de ellas comenzaron a hablar seria y apasionadamente de “soberanía” y “derechos concedidos por los tratados”, de “reparaciones” y “regreso a las tierras ancestrales”.

De esa agitación surgió el Movimiento Indio Americano (AIM), primero en Minneapolis—fundado por Clyde Bellecourt, Dennis Banks y George Mitchell, todos ojibway, graduados de esa escuela superior india que era la penitenciaría estatal de Minnesota— y que luego se extendió a otros centros urbanos del país y atrajo —de hecho, creó— un “fichero de delincuentes” enteramente nuevo compuesto por activistas indígenas. El intento de destruirnos solo nos había hecho más fuertes, más conscientes, más dedicados. Cada uno de nosotros estaba dispuesto a dar la vida por la causa, que era la propia supervivencia de los pueblos indios.

A partir de estas raíces, mi participación en un despliegue continuo de grupos y actividades políticos al estilo del Movimiento estuvo asegurada. El crecimiento del movimiento indio y la historia del Movimiento Indio Americano se entretajan con mi historia personal. A mediados de los sesenta, trabajé en el noroeste en la lucha por los derechos de pesca de los indios. A fines de los sesenta, participé en el movimiento antibelicista. En los años setenta, cuando todavía se desarrollaba la toma de la isla de Alcatraz, reclamamos la tierra india excedente en las afueras de Seattle en Fort Lawton. Encontramos

inspiración y estrategia en el ejemplo y mensaje de líderes del Movimiento como Dennis Banks, John Trudell, Russel Means, Eddie Benton-Banai y Clyde y Vernon Bellecourt, todos hombres imperfectos, sin dudas, pero hombres cuya visión y palabras valientes y fieras, incluso incendiarias, dieron voz a una generación completa de activistas indios, entre ellos a mí.

Y así, de la muerte aparente surgió una vida nueva, una visión nueva, un nuevo florecimiento del Modo de Vida Indio. En lugar de desaparecer, de disolverse como pueblo según se pretendía que ocurriese, encontramos una nueva conciencia social y un nuevo sentido de nosotros mismos en el caldero humano de la ciudad. Ya sin que el ojo del Big Brother⁸ de la Oficina de Asuntos Indios nos vigilara en la reserva, cobramos astucia política. Este era el momento, recuérdese, del movimiento en contra de la guerra de Viet Nam, del Poder Negro y de la Universidad de Kent State y de Watergate, del Ejército de Liberación Simbionés y de los Weathermen. El concepto del Poder Rojo era inevitable. No teníamos que inventar una causa. Teníamos una con la que habíamos nacido: la supervivencia de nuestro pueblo como Pueblo.

Surgía y crecía una nueva generación de guerreros de espíritu en la ciénaga racial de las ciudades estadounidenses; jóvenes duros con cerebro y conciencia y elocuencia y agallas que estaban dispuestos a verter en nombre de este implacable concepto recién surgido: el Pueblo. Sí, el Pueblo. No se trataba de comunismo. Los comunistas nos importaban un bledo. No era antiamericanismo. No esperábamos nada de Estados Unidos salvo que estuviera a la altura de sus propias leyes, de su propia Constitución. No estábamos en contra de nada. Estábamos a favor del indianismo. Algo nuevo, un entrecruzamiento del modo de vida Indio y los valores espirituales tradicionales con conocimientos políticos urbanos y entrega total a nuestra causa. El gobierno abandonó al fin su política de terminación, que había fracasado por completo. Vio que no funcionaba y que solo nos fortalecíamos, nos “endurecíamos”. De modo que la política de terminación se detuvo. Pero sabíamos que el gobierno se reagruparía enseguida y buscaría otras formas para destruirnos.

⁸ El Gran Hermano que todo lo veía en el mundo totalitario reflejado en la obra *1984*, de George Orwell.

CAPÍTULO 21

El Movimiento Indio Americano era una molestia trivial para el gobierno del país en aquella tumultuosa era. Políticamente, no estábamos en el pensamiento nacional, mucho menos en la conciencia. A los estadounidenses los indios en realidad no les importaban ni un diablo a no ser que montáramos tomas como las de Alcatraz, Fort Lawton, el edificio de la Oficina de Asuntos Indios en Washington D.C. y Wounded Knee. Incluso en esos momentos el público se mostraba más divertido o temporalmente escandalizado que realmente preocupado. Su ignorancia e indiferencia permitían, y continúan permitiendo, el crecimiento de un cáncer dentro del Estado nacional. El gobierno federal —o, para mayor precisión, algunos elementos dentro de él— se propuso destruirnos en una miríada de formas sutiles y no tan sutiles. Para realizar su trabajo sucio, se refugiaron bajo el usual manto de la “seguridad nacional”. Su primera táctica: olvídense la ley, la ley es para imbéciles, subviértase la ley a voluntad para atrapar al hombre, por inocente que sea; sobórnense todos los sistemas jurídicos y judiciales; miéntase siempre y donde tenga que hacerse para mantener el centro de investigación en las víctimas y no en los delitos propios.

Debo admitir que lo logré de modo brillante. En nombre de la Ley, violó todas las leyes del país y, en su estrategia deliberada por encerrarme a mí —¿y a cuántos otros inocentes?— en una celda o en una tumba, convirtió la constitución de los Estados Unidos en literatura barata.

A fines de los años sesenta estábamos cansados de que el gobierno fijara el programa político y decidimos fijar un programa propio. Cuando digo que lo decidimos, me refiero a cada uno de los que participamos como individuos, fuéramos indios urbanos o de las reservas o, como ocurría con la mayoría, estuviéramos atrapados entre las dos cosas. No existía una organización oficial general que siguiera las Robert’s Rules of Order.⁹ Eran solo personas individuales o grupos de

⁹ Reglamento oficial de procedimiento parlamentario.

personas individuales que pensaban del mismo modo y trabajaban en una suerte de democracia pura, una colectividad desorganizada pero vagamente coherente de líderes. Eso era y es el Movimiento y no una conspiración subversiva, no una turba radical, sino una colectividad de líderes que obra de forma conjunta pero libre, usando medios materiales para lograr un propósito político y espiritual: la supervivencia de nuestro pueblo.

Muchos me preguntan cuál es, o era, mi cargo en el Movimiento Indio Americano (AIM). Eso requiere una explicación.

El Movimiento no es una organización, como dice su nombre: es un movimiento. Dentro de ese movimiento, las organizaciones surgen y desaparecen. No hay una persona o grupo que dirija el Movimiento. No debe confundirse el Movimiento con una persona o grupo de personas que marchen bajo su bandera, por dignas o indignas que sean. El Movimiento es el pueblo. El Movimiento estará allí cuando cada uno de los que estamos hoy con vida haya muerto. El Movimiento hará surgir nuevos líderes con cada generación. Crazy Horse perteneció al Movimiento. Sitting Bull perteneció al Movimiento. Siguen perteneciéndonos y nosotros les pertenecemos. Están con nosotros en este mismo instante.

En el transcurso de los años he escuchado muchas críticas a los líderes y voceros del Movimiento, muchas veces contradictorios... de hombres como Dennis Bank y Leonard Crow Dog y Eddie Benton-Banai los hermanos Means, los Bellecourt, John Trudell y otros. Puedo decirles que ninguno de ellos era, o es, perfecto, del mismo modo que yo no lo fui o lo soy. Pero también puedo decirles que son hombres que se pusieron en pie por su pueblo cuando fue el momento de hacerlo. Pudieron haberse marchado, desviado la mirada, vuelto la espalda y tomado la vía fácil. No lo hicieron. Cada uno de ellos enfrentó la adversidad de las circunstancias y recibió los golpes dirigidos a su pueblo. Aceptaron el sufrimiento de su pueblo como propio. Vivieron ese sufrimiento. Independientemente de cuáles fueran y son sus imperfecciones, debemos honrarlos, pues cambiaron el curso de la historia. Nos dieron el orgullo y la fe en nosotros mismos que tan desesperadamente necesitábamos y anhelábamos. Ofrecieron sus propias vidas en nombre del pueblo y nos enseñaron a los demás a hacerlo. ¡Demostraron que *existimos!*

Pero, incluso más, y con gratitud aún más profunda, deseo honrar aquí a aquellos no tan conocidos que estuvieron en las barricadas en Alcatraz y Fort Lawton y Wounded Knee y Oglala y en un millar de lugares más, que nunca aparecieron en los titulares, pero fueron de

una entrega, valentía y generosidad que simboliza lo que significa ser indio, lo que es el Movimiento, lo que es el espíritu de Crazy Horse. Cada uno de ellos, hombres y mujeres, niños y ancianos, mantuvo la cabeza en alto en momentos de gran peligro y de mayor sacrificio, sin expectativas de fama o recompensa alguna. Tampoco las recibieron. Cada uno de ellos lo hizo por el pueblo, porque tenía que hacerse, porque no había nadie más que lo hiciera. Para muchos de ellos, el único reconocimiento fue que se arañaran sus nombres en una lápida improvisada. Pero no es muy correcto decir que yo los honro... porque son ellos quienes me honran, ellos quienes nos honran a todos nosotros.

Otra cosa que quiero decir sobre el Movimiento: no tiene seguidores. Todos somos líderes. Cada uno de nosotros es un ejército de uno, que trabaja por la supervivencia de nuestro pueblo y de la Tierra, nuestra Madre. No es pura retórica. Es un compromiso. Eso es lo que somos.

CAPÍTULO 22

En noviembre de 1972 llevamos nuestras quejas a Washington D.C. en una manifestación a favor de los derechos indios. Llamamos a esa manifestación y marcha de extremo a extremo del país el “Rastro de Tratados Rotos”. Era nuestra esperanza e intención celebrar una serie de reuniones con organismos oficiales para examinar un espectro de temas cruciales compuesto por veinte puntos, que incluían una revisión general de la Oficina de Asuntos Indios, para ponerla bajo control indio, y también el establecimiento de una comisión que examinara las violaciones de los tratados por parte del gobierno de los Estados Unidos. Lo que debió haber sido una reunión pacífica se convirtió en una protesta espontánea cuando funcionarios oficiales, incumpliendo sus promesas de recibirnos, hicieron que los guardias de seguridad de la Oficina intentaran expulsarnos del edificio. Cuando los guardias de seguridad comenzaron a emplear tácticas de mano dura con nuestras mujeres y ancianos, la protesta se convirtió en un enfrentamiento violento.

No íbamos a dar la vuelta y huir. El espíritu de Crazy Horse estaba con nosotros. Tomamos el edificio de la Oficina de Asuntos Indios situada en el mismo centro de Washington, permitimos a todos los empleados abandonar pacíficamente el local y lo ocupamos durante cinco días, para indignación de la opinión pública estadounidense, como es usual por entero mal informada sobre lo que estaba ocurriendo o sobre sus causas. En la prensa se nos presentaba como “camorrista”, “matones” y “militantes violentos”. Sí, habíamos “saqueado” el edificio, buscando —y encontrando en abundancia— archivos que revelarían la duplicidad oficial en los tratos con los indios. Apilamos escritorios y todo lo que pudimos encontrar para levantar barricadas contra los ataques con que amenazaba el gobierno. Rompimos ventanas selladas para que no se pudieran usar gases lacrimógenos para asfixiarnos y obligarnos a salir. La propia policía rompió casi todas las ventanas de la planta baja. Por supuesto que algunos de los más jóvenes, furiosos por las mentiras y maltratos brutales del gobierno, comenzaron a romper cosas sin más ni más. Enseguida pusimos fin a ese comporta-

miento. Recuerdo a Clyde Bellecourt anunciando que por cada ventana rota en el edificio de la Oficina de Asuntos Indios había diez mil corazones rotos por su actuación en territorio indio. Debió haber dicho cien mil, incluso un millón... hubiera estado más cerca de la verdad.

Un abuelo anciano, víctima de la Oficina de Asuntos Indios durante toda su vida, tomó un hacha de incendios, saltó sobre la gran mesa de caoba del comisionado y la dividió en dos. No dejaba de reír y llorar extasiado, entonando su canción de muerte mientras golpeaba: “¡Toma... toma... y esto... y esto!”, gritaba entre alaridos ahogados y cantos, reparando con cada golpe una antigua injusticia. Fue bello. En ese momento era la reencarnación de Crazy Horse.

Afuera estaban la policía y las unidades especiales de asalto SWAT. Si deseaban un baño de sangre, estábamos dispuestos a brindárselo. Estábamos dispuestos a lanzar mesas y máquinas de escribir y gabinetes de archivos y cócteles molotov si entraban en el edificio. Algunos de los guerreros llevaban pinturas de guerra. Cada uno de nosotros era Crazy Horse. Al ver nuestra resolución, los funcionarios recapacitaron. ¿Asesinar a cuatrocientos indios a pocas cuadras de la Casa Blanca solo días antes de las elecciones presidenciales de 1972? ¡Qué va! El FBI decidió ponerle fin al motín por el momento y más tarde cazarnos uno a uno, y eso fue exactamente lo que hizo. Ahí fue cuando mi nombre, como jefe de seguridad durante la toma de la Oficina de Asuntos Indios, alcanzó un lugar cimero en la lista de blancos secretos como “agitador del AIM” y “extremista clave”. Ya me habían arrestado durante la toma de Fort Lawton. Estaba marcado de por vida.

El gobierno comenzó a negociar con nosotros, pero solo para poner fin a la ocupación del edificio, no para examinar nuestra lista original de veinte puntos. Considerábamos que al menos habíamos logrado dar a conocer algo: ¡que existíamos! Lo habíamos demostrado. El gobierno prometió examinar nuestras quejas —nunca lo hizo— y no procesarnos por la toma de la Oficina de Asuntos Indios, promesa que rompió como todas las demás. De todos modos, no le creímos. Para calmar la situación y poner fin a su propia vergüenza, en la mañana temprano nos brindaron vehículos y escolta policial para salir del pueblo, además de dinero bajo cuerda para pagar los gastos del viaje de regreso. ¡Algunos de los Ancianos incluso recibieron boletos de primera para regresar a casa! El gobierno pensaba que nos estaba barriendo bajo la alfombra una vez más.

Pero esta vez no íbamos a dejar que nos barrieran.

CAPÍTULO 23

Después de la toma del edificio de la Oficina de Asuntos Indios, regresé a Milwaukee, adonde me había mudado en 1972 como agente de empleos del grupo local del Movimiento. Encontraba empleo para indios en sindicatos y trabajaba en un programa de rehabilitación del alcoholismo. También comencé a participar cada vez más en el lado espiritual del Movimiento, la base espiritual del trabajo político que realizábamos. En el Modo de Vida Indio, no es posible separarlos. Lo político y lo espiritual son una sola cosa. Uno no puede creer una cosa y salir a hacer otra. Lo que se cree y lo que se hace es lo mismo. En el Modo de Vida Indio, si uno ve a su pueblo sufrir, ayudarlo se hace del todo necesario. No es un acto social de caridad o beneficencia; es un acto espiritual, una obra sagrada. Pero, incluso más allá de eso, en el nivel personal, cada indio, cada uno de nosotros, es un guerrero y un jefe de paz. Cada uno de nosotros procura la paz, sí, incluso la reconciliación, con la sociedad dominante, pero cada uno de nosotros también está dispuesto y preparado para luchar a muerte por la supervivencia de nuestro pueblo. Cada indio, hombre o mujer, niño o Anciano, es un guerrero del espíritu.

En Milwaukee participé en un incidente curioso y perturbador. Acabábamos de regresar unas semanas antes de la toma de la Oficina de Asuntos Nativos en Washington, D. C. y yo había salido con un par de hermanos a comer en una cafetería del lugar. Un par de hombres de una mesa vecina comenzó a señalarnos, resoplando de risa y soltando un montón de indirectas y comentarios racistas. No teníamos forma de saber que eran policías de civil.

Cuando nos marchábamos, los dos tipos se pararon ante la puerta bloqueándonos el camino, todavía señalándonos, resoplando y riéndose de nosotros. No había nada sutil en ello. Nos provocaban... en realidad mucho más de lo que podía yo saber. Los estudié con la mirada y supe que podía hacerlos papilla.

—¿Cuál es el chiste?— les pregunté. Estaba molestísimo y dispuesto a pelear, ya que eso era lo que ellos evidentemente deseaban.

Pero en cuanto lo dije, antes de poder lanzarles un solo puñetazo, los cañones de dos Magnums del calibre 357 me apuntaron a la cabeza. Los dos hermanos que me acompañaban se separaron y regresaron al restaurante, pensando que vacilarían en dispararme ante testigos.

—¡Me rindo! ¡Me rindo!— grité con las manos en alto, para que todos vieran y oyeran. Al fin anunciaron que eran policías, me esposaron de inmediato, me arrastraron y me lanzaron de cabeza en la cama de un coche celular que estaba esperando afuera. Cuando me cachearon, encontraron una vieja Baretta rota que acababa de comprarle a un tipo por veinte dólares con la esperanza de poderla arreglar. Los policías dijeron después que les había apuntado e intentado disparar varias veces a quemarropa, pero que la pistola se había trabado. Por supuesto que era mentira... la mentira por la que recibí mi primer cargo falso de intento de asesinato. Más tarde se demostró en el juicio que la pistola, como sabíamos ellos y yo, estaba rota e inutilizable. Ni siquiera la había sacado para alardear. Terminé tirado en el coche celular, la barbilla en el suelo, las manos esposadas detrás, la cabeza metida bajo el asiento para protegerme de los golpes, tratando de escudarme mientras me golpeaban. Perdí la cuenta de los puñetazos, rodillazos y patadas que me dieron. Más tarde supe que uno de ellos, el pobre, se reventó la mano hasta tal punto que tuvo que ausentarse varios días del trabajo.

Ya saben, así es como se hace. Nos ven, nos ponen una trampa, nos arrestan, nos muelen a golpes, nos acusan falsamente, nos llevan a los tribunales y a la cárcel, empobreciéndonos con gastos procesales, incluso si no hemos hecho nada. Más tarde supimos que eso es lo que el FBI llama “neutralización”... y, permítanme decir, si no se tiene más que desprecio por la ley y la propia Constitución de los Estados Unidos, que esta puede, ser, sin dudas, una estrategia de gran eficacia.

Mucho después, durante el juicio de Milwaukee, supimos que la chica de uno de esos policías lo había escuchado la noche anterior jactándose de que iba a “atrapar a uno grande” para el FBI mientras agitaba una foto mía ante su rostro. Me era posible ver el funcionamiento de todo el tinglado: cargos falsos, juicio falso, condena falsa. Todo estaba arreglado de antemano; lo único que yo tenía que hacer era servir de víctima. Y no pretendía hacerlo.

Mi pueblo se encontraba en esos momentos en una encrucijada de su historia. Cada uno de nosotros era necesario para el enfrentamiento que se avecinaba. En los momentos en que me encontraba esposado en una cárcel de Milwaukee bajo aquellos cargos falsos, se formó el lío

en la Reserva de Pine Ridge de Dakota del Sur. La ocupación y sitio de Wounded Knee había comenzado el 27 de febrero de 1973. Ojalá yo hubiera estado allí.

Antes de que las celdas de la cárcel se cerraran detrás de mí, huí cuando estaba bajo fianza —la que unos cuantos amigos sorpresivamente habían logrado obtener a fines de abril— y poco después salí de la ciudad, con lo que me convertí en un fugitivo buscado al no asirtir a mi vista anterior al juicio. No me sentí más culpable al escapar de mis opresores que lo que un judío en la Alemania nazi se hubiera sentido al escapar de la Gestapo. Como ocurría con ellos, me perseguían por ser quien era. No fue hasta 1978, después de haber sido condenado y encarcelado por aquel otro grupo de cargos falsos surgidos del tiroteo de Oglala en 1975, que fui juzgado por los cargos falsos de intento de asesinato en Milwaukee y declarado inocente. La mala conducta oficial había sido tan clara y torpe en aquel caso que el jurado me absolvió.

Para ese momento, por supuesto, ya llevaba tres años tras las rejas por otros cargos falsos. El primer grupo de cargos falsos me convirtió en fugitivo, me llevó a la lista de los diez hombres más buscados del FBI y me colocó en posición de recibir el segundo grupo de cargos falsos que me han tenido tras las rejas estos veintitrés años. El mismo “delincuente empedernido” que se había atrevido a hablar su propia lengua y a practicar su propia religión de niño, ahora, de joven, era cazado como una fiera —en realidad, con mayor malicia de la que se emplea para cazar a un animal— por dos delitos que nunca había cometido, dos delitos que, en realidad, habían inventado sus propios acusadores. Mi vida se había convertido de repente en una pesadilla y esa pesadilla sigue en pie aún hoy.

Años después, documentos descubiertos por mis abogados con arreglo a la Ley de Libertad de Información revelaron el plan del FBI de hacer que la policía local colocara a los líderes del Movimiento Indio Americano “bajo estricta vigilancia... los arrestara por cualquier cargo posible...”. Simplemente, en palabras del propio FBI, debíamos ser “neutralizados”. Eso explica el ataque de aquellos dos policías en Milwaukee. Solo estaban cumpliendo con su tarea: unirse a una conspiración oficial ilegal de incriminación y encarcelamiento —cuando no de abierto asesinato— de una generación completa de activistas americanos indios. Y eso fue precisamente lo que hicieron.

CAPÍTULO 24

El sitio de Wounded Knee se encontraba en sus últimas etapas cuando salí bajo fianza. Tenía todas las intenciones de ir allá y unirme a mis hermanos sitiados. Con toda mi alma y mi corazón, ansiaba estar allí con ellos. El día que salí de la cárcel, me uní a una manifestación del Movimiento frente al edificio federal de Milwaukee y comencé a reunir suministros para quienes se encontraban en Wounded Knee. Nos dirigíamos hacia allá con las provisiones cuando oímos por radio que el sitio había terminado. Me sentí culpable por no haber estado con ellos. Hubiera dado gustosamente mi vida, pero ahora no había necesidad de hacerlo. Mi momento de sacrificio llegaría bien pronto.

Wounded Knee terminó después de la muerte de dos de los miembros del Movimiento, Frank Clearwater y Buddy Lamont, por balas de francotiradores. Cuando el gobierno prometió celebrar audiencias sobre violaciones de los viejos tratados, los jefes tradicionales de Pine Ridge decidieron que ya habían muerto suficientes indios. Los ancianos, que habían pedido la presencia del Movimiento para que los protegiera de las depredaciones del consejo tribal y su escuadrón paramilitar de ataque conocido por GOON, convinieron poner fin a la ocupación.

El 9 de mayo, después de setenta y un días, los cansados pero aún orgullosos ocupantes decidieron salir, sometiéndose a un arresto preconvenido. Había terminado Wounded Knee II, aunque sus repercusiones continúan hasta hoy. Sigue siendo el suceso crucial en las relaciones modernas entre rojos y blancos. Según los archivos de los tribunales, durante el sitio de Wounded Knee los alguaciles, los agentes del FBI, la policía tribal, los GOON y los grupos de vigilancia blancos dispararon contra nuestro pueblo más de doscientas cincuenta balas. Esta gente no estaba jugando.

Y nosotros tampoco.

Después de salir de la cárcel de Milwaukee, viajaba entre Dakota del Sur y el Estado de Washington, manteniéndome activo en la lucha. Ese agosto de 1973 asistí a la Danza del Sol en Crow Dog's

Paradise en la Reserva Rosebud, justo al este de Pine Ridge. Allí me hicieron al fin las escoriaciones, con lo que cumplí un sueño que tenía desde aquel día de adolescente en que había mirado por la portezuela de la tienda en Turtle Mountain la Danza del Sol. Me sentí transformado, elevado a un nuevo plano espiritual. Ahora no solo había dado mi tiempo, mi esfuerzo y mi dedicación a la causa de mi pueblo: había dado mi carne.

Ese mismo mes, se emitió una orden judicial oficial para mi arresto cuando no comparecí a la vista anterior al juicio en Milwaukee. Ahora era oficialmente un fugitivo. Pero en el territorio indio hay muchos recovecos en que un fugitivo puede encontrar refugio. Podemos atravesar una y otra vez la frontera invisible pero muy real entre los Estados Unidos y Great Turtle Island. Pudiera decirse que esos meses escapé a Great Turtle Island.

Fugitivo o no, me hice útil a la lucha que se desarrollaba. Durante un tiempo volví a unirme a la batalla por los derechos de pesca de los pueblos nisqually y puyallup en el Estado de Washington. Aunque los tribunales habían fallado a nuestro favor en lo tocante a los derechos de pesca indios, los pescadores deportivos y comerciales continuaban rompiendo nuestros barcos, destruyendo nuestras redes y golpeando a los indios... todo sin miedo de ser arrestados. Como la ley no nos protegía, hacíamos todo lo posible por protegernos nosotros mismos. Entonces me dirigí a Dakota del Sur para servir en la seguridad de los funerales de Pedro Bissonette, el principal vocero de los jefes tradicionales lakota en Pine Ridge, quien había sido muerto por la policía de la Oficina de Asuntos Indios poco antes de que testificara por la defensa en los juicios surgidos de Wounded Knee II.

En mayo regresé a Rosebud durante un tiempo para servir de jefe de seguridad de la reactivación de la vieja Danza de Fantasmas de Crow Dog, una renovación visionaria que nos dotaba de un poderoso sentido de conexión y entrelace espiritual entre Wounded Knee I, de 1890, y Wounded Knee II, de 1973. Como guerrero del espíritu me sentía atraído a cada enfrentamiento. En enero de 1975, me uní a la toma de una abadía abandonada en Grensham, Wisconsin, por la Sociedad Guerrera Menominee. Al mes siguiente, me uní a la toma de ocho días de una planta manufacturera que había estado maltratando a los empleados indios de la reserva navajo de Arizona. Una delegación de mujeres navajo se dirigió al Movimiento y contó historias horribles sobre un grupo de mujeres y hombres navajos que

protestaban y habían sido brutalmente asesinados. Me desgarró el corazón escuchar a esas mujeres pedir ayuda. De nuevo, hicimos lo posible por auxiliarlas. Sí, me mantuve ocupado. Debajo de los pies de un fugitivo —o de un guerrero del espíritu— no crece mucha hierba.

CAPÍTULO 25

Después de Wounded Knee, la vida en la reserva de Pine Ridge se hizo incluso peor que antes, convirtiéndose en una verdadera pesadilla. Los GOON aumentaron sus ataques terroristas contra los indios y sus partidarios. Se mataba, mutilaba y hería a los miembros del Movimiento; hasta la fecha se han documentado doscientas sesenta bajas. Una niña de nueve años recibió un disparo en un ojo cuando los GOON pasaron por allí y ametrallaron la casa de troncos frente a la cual jugaba. La tasa de asesinatos demostró ser astronómica para una reserva de apenas veinte mil personas. De 1977 a 1978, la Oficina General de Contabilidad investigó y documentó sesenta asesinatos de indios ocurridos entre 1973 y 1975; al fin dejó de contar y dejó la investigación debido a “falta de fondos”. Esa terrible época se recuerda todavía como el “reinado del terror”.

Solo en marzo de 1975, siete personas fueron asesinados y todas las muertes quedaron sin explicar incluso cuando, en aquel momento, el FBI tenía más de cincuenta agentes revoloteando en la reserva de Pine Ridge, y antes de 1973 había solo dos o tres agentes, si acaso, en la zona. Al parecer, mientras más agentes del FBI había en los alrededores, más asesinatos se producían. Hubo un llamado de los ancianos lakota oglala de Pine Ridge solicitando que el Movimiento acudiera a la Nación Oglala y ayudara a protegerlos de estos ataques. Varios guerreros, yo entre ellos, nos ofrecimos de voluntarios aunque fuimos en el entendimiento de que no constituíamos un grupo militar o paramilitar. No estábamos allí para atacar, matar o intimidar a nadie, sino solo para interponernos entre los GOON y los tradicionalistas con nuestros cuerpos, nuestras oraciones y una pequeña cantidad de armas defensivas. Nos llamábamos un campamento espiritual y eso éramos realmente. Éramos guerreros del espíritu, no mercenarios. Deseábamos la paz, no el conflicto. La violencia vino de de ellos, no de nosotros. Fue por entero gratuita y no planificada de antemano. También es evidente que salió muy mal.

No puedo creer que el FBI pretendiera que sus propios agentes murieran. Su lamentable excusa ha sido que aquella mañana esos dos agentes se equivocaron y entraron sin autorización en la propiedad solo para arrestar a alguien acusado falsamente de robar un par de botas de vaquero usadas. Eso simplemente es risible —ni siquiera tenían orden de arresto— y tampoco es normal el hecho de que veintenas, incluso cientos, de agentes del FBI, comisarios federales, la policía de la Oficina de Asuntos Indígenas y los GOON estuvieran al acecho en las proximidades. Parece que pensaron entrar con ese pretexto espurio, provocar alguna muestra de resistencia del campamento espiritual del Movimiento y luego lanzarse sobre el lugar con toda su fuerza.

Cometieron un error de cálculo que fue trágico para todos nosotros. En medio de ese reinado de terror que ellos mismos habían orquestado —en que carretadas de GOON armados y equipados por el gobierno disparaban a la reserva día tras día—, los guerreros del espíritu del Movimiento no íbamos a quedarnos sentados a esperar a ver quiénes viajaban en esos dos carros no identificados que entraron rugiendo sin anunciarse bajo una nube de polvo y confusión y balas en nuestras tierras esa mañana. Defendimos al pueblo que habíamos ido a defender y también nos defendimos nosotros. Nos negamos a ser víctimas pasivas.

Algún día se conocerán las verdaderas causas de su mal concebido ataque y se sabrá qué ocurrió normalmente. La respuesta, o las respuestas, si ya no se han destruido, pudieran estar en esos más de seis mil documentos del FBI que ellos mismos admiten que no dan a conocer todavía hoy, ni a nosotros ni a la opinión pública estadounidense, por motivos de “seguridad nacional”. Tengo entendido que últimamente dicen que los documentos se han “perdido”. Sin dudas no es accidental que el día antes del tiroteo de Oglala el jefe del gobierno tribal no tradicional estuviera entregando al gobierno federal la octava parte de la reserva de Pine Ridge, ahora conocida como el Campo de Bombardeo de Sheep Mountain, que se dice rico en yacimientos de uranio.

Muchos de los nuestros creen que el tiroteo de Oglala pretendía desviar la atención para ocultar ese trato ilegal, que no se reveló al público hasta casi un año después. El furor público por la muerte de los dos agentes también echó convenientemente por tierra una investigación que pretendía hacer el Congreso sobre lo ocurrido en Wounded Knee II en 1973 y el subsiguiente reinado de terror en la

reserva de Pine Ridge que condujo al tiroteo de Oglala el 26 de junio de 1975.

La posterior afirmación del FBI de que de algún modo habíamos decidido emboscar a sus agentes es absurda, como bien se sabe. Había mujeres cocinando y niños jugando al aire libre, dejamos atrás todas nuestras pertenencias, ropas y artículos personales. De hecho, ahora sabemos, de nuevo por la Ley de Libertad de Información, que un mes antes del tiroteo de Oglala, el FBI había emitido un memorando interno relacionado con las “operaciones paramilitares de aplicación de la ley” en las reservas. Es evidente que desde hacía mucho se aprestaban para un ataque contra nosotros. Y es del mismo modo evidente que hicieron un trabajo terriblemente chapucero, para su profunda pena... y también para la nuestra.

CAPÍTULO 26

Desde aquella época, la minería de uranio que había dado origen a una oposición tan costosa a principios de los años setenta había continuado insidiosamente. El pueblo lakota bebe hoy agua contaminada y experimenta una tasa de abortos espontáneos siete veces superior al promedio nacional. Según el plan maestro, nuestros sagrados Black Hills debieron ser declarados “zona de sacrificio nacional”... de continuar el plan, estarían rodeados por una docena de plantas gigantes de carbón y veinticinco reactores nucleares. Debía tenderse una rejilla de líneas eléctricas de las reservas de Pine Ridge y Rosebud a fin de llevar la energía hacia el este. Las reclamaciones en los tribunales a la horrenda repercusión ambiental que inevitablemente provocaría esa monstruosidad nuclear por fortuna han retardado la aplicación del plan; la caída del precio del uranio provocada por el fin de la Guerra Fría ha contribuido a ello, pero cuidado cuando el mercado del uranio comience a subir de nuevo. Los intereses energéticos están simplemente esperando el momento más rentable para recomenzar. La muerte de un pueblo y de una forma de vida, por no mencionar la muerte de la propia tierra, nunca forma parte de las consideraciones de aquellos capaces de endilgarle estas abominaciones al pueblo lakota... y también al pueblo estadounidense. Es por ello que el FBI nos atacó con tanta fuerza, porque el Movimiento y los ancianos tradicionales eran los únicos que los estorbaban. Todos los demás o no sabían, o no les importaba o se habían vendido.

No tengo duda alguna de que la verdadera motivación de Wounded Knee II y del tiroteo de Oglala y de gran parte de la agitación existente en el territorio indio desde principios de los años setenta era, y es, el deseo de las compañías mineras de acallar al Movimiento y a todo el pueblo indio tradicional que procuraban, y procuran, proteger la tierra, el agua y el aire de sus robos y depredaciones. Vivimos en una era triste y trágica. Defender la Madre Tierra es ser calificado de criminal.

Halando las cuerdas necesarias, estas empresas lograron avivar el temor oficial hacia los “enemigos internos” y captar las energías del FBI y de la Oficina de Asuntos Indios, organismos federales que

debían protegernos por ley, no explotarnos o destruirnos. Pienso que en esa paranoica época el FBI en realidad creía que éramos un peligro a los intereses nacionales. Pero si le preocupaba realmente el “interés nacional”, ¿por qué no ha investigado el gobierno a las empresas que provocaron esta agitación? Lo único que estuvo en peligro fueron las ganancias de los consorcios energéticos multinacionales que consideraban a nuestros sagrados Black Hills su nuevo feudo privado de energía. Y los únicos que los estorbaban eran unos pocos indios tercos “sucios” que insistían estúpidamente en que se cumplieran los tratados y la Constitución de los Estados Unidos.

Estoy y sigo estando orgulloso de ser uno de esos “indios sucios”. Al fin y al cabo, así me han llamado toda la vida. Siempre he estado con los Ancianos tradicionales de las reservas y con los miembros del Movimiento de los guetos rojos urbanos adonde nos lanzaron para que esos ladrones corporativos pudieran obtener el uranio, el oro y el carbón. No es accidental que la Oficina de Ordenación de Tierras supervise a la Oficina de Asuntos Indios, que nos “supervisa” a nosotros. Es un arreglo muy práctico para los intereses energéticos. Halaguen un poco a unos cuantos funcionarios de poca monta y salario bajo de ambas oficinas, puede que también a unos pocos legisladores federales y estatales situados un poco más arriba y, a través de ellos, a las facciones del consejo tribal “progresista”, títeres obsecuentes del gobierno que venderían al pueblo en cualquier momento por un poco de dinero bajo cuerda. Cuando los ancianos indígenas objetaban, los GOON contratados por el consejo tribal los golpeaba, disparaba contra ellos y les incendiaban las casas. Cuando los ancianos llamaron a los muchachos del Movimiento para que los ayudaran, por supuesto que se llamó al FBI para que fuera a Pine Ridge con toda su fuerza. Se armó a los GOON con el más avanzado equipo militar y se dio aprobación tácita al reinado de terror que pronto barrió con la reserva. ¿Y todo esto en beneficio de quién? Muchas veces me he preguntado qué sacaron de esto los muchachos del FBI, salvo el odio de los estadounidenses indígenas y el poco respeto de su propia gente. ¿Y qué piensan de sí mismos quienes participaron en todas estas manipulaciones y falsedades cuando se miran en el espejo por la mañana? Deben de estremecerse cuando se ven y desviar la vista de su propia mirada en el espejo. De modo que tienen que vivir la mentira que crearon para mantener un aura de orgullo y respeto de sí mismos. O tal vez su arrogancia crea un muro impenetrable de engaño. Nunca admitirán su complicidad involuntaria en la muerte de sus propios agentes. Eso al menos es humano. No podemos vivir

con el desprecio de los demás. Nadie de nosotros puede. Guardar las apariencias es una necesidad humana por antonomasia. Me es posible entenderlo.

Y puedo entender cómo el FBI santifica a los suyos. Para ellos, Coler y Williams son compañeros caídos... héroes, víctimas trágicas y verdaderos mártires. Sí, eso también lo entiendo. Pero nosotros también santificamos a los nuestros. Nosotros también tenemos nuestros compañeros caídos, nuestros héroes, nuestras víctimas trágicas, nuestros verdaderos mártires... y los tenemos en número incontable. Vivo con el gemido de sus voces en mi oído interno. Los oigo siempre. No puedo olvidarlos. *Me niego* a olvidarlos.

Son víctimas de las guerras por la energía, como lo fueron los agentes Coler y Williams, como lo soy yo. Y ustedes también, amigos, y sus hijos y los hijos de sus hijos. El propio FBI es víctima de la guerra por la energía, pues se ha alejado mucho de los límites de la legalidad y la decencia humana en su ansiedad mal dirigida de servir a los intereses de los invasores multinacionales en su ataque sostenido a la Madre Tierra. Todas estas cosas son actos de guerra contra el pueblo lakota, contra todos los pueblos indios, contra todos los pueblos indígenas de todas partes, contra toda la humanidad. Debemos seguir oponiéndonos a estas fuerzas de destrucción con cada fibra de nuestro ser, cada vez que inhalemos.

